¡ES LA GLOBALIZACIÓN, ESTÚPIDOS!

Cuando, a mediados de los 60, la tasa de beneficio del capital empezó a decrecer, las cabezas pensantes del sistema empezaron a rumiar sobre qué hacer para recuperar ganancias. Y hay que reconocer que tuvieron una gran idea (para ellos): la globalización. La globalización se vistió con ropajes que agradaban a casi todo el mundo, incluidas las izquierdas. Se rompían fronteras, el mundo se convertía –en gran medida– en sólo uno, lo cual no era lo mismo pero se podía vender como un cierto internacionalismo. Las importaciones bajarían de precio, todos podríamos consumir más, el mundo se volvía color de rosa. A tal punto los efectos de la globalización quedaban enmascarados que buena parte de la izquierda empezó a utilizar una nueva palabra, altermundialismo, en lugar de la inicial antiglobalización, porque no se quería ensuciar el término globalización, un término positivo pero mal entendido por algunos que querían sacarle demasiado provecho. La globalización estaba bien, pero había que construirla de otro modo.

Pocos se dieron cuenta de lo que realmente significaba la globalización: en primera instancia, poner a competir a los trabajadores de los países industrializados con los trabajadores de países que estaban sometidos a salarios de miseria y que carecían de derechos sociales. Una competencia que desembocaría en deslocalizaciones, rebaja de salarios en términos reales y retroceso de los derechos adquiridos. Existía, claro, un elemento positivo que lanzaba nuevas cortinas de humo sobre lo que realmente estaba pasando: los países más pobres iban a verse favorecidos por la universalización del libremercado, la supresión de las barreras aduanales y la libre circulación de capitales.

Y así ha sido, efectivamente: En algunos países emergentes cada vez hay más ricos, aunque la distribución de la riqueza sigue patrones clásicos: se lleva más el que más tiene, y los demás se reparten las migajas.

El precio a pagar ha consistido, concretamente en España, en el casi total desmantelamiento de su endeble industria, en la caída de precios de su producción agrícola y pesquera, y en la expansión desenfrenada de las grandes empresas lanzadas a la conquista imperial de otros mercados, especialmente en América Latina. Naturalmente todo ello ha producido un salvaje nivel de desempleo, que se ha convertido en dramático tras la explosión –anunciada– de la burbuja inmobiliaria, sector este, el del ladrillo, que era ya casi el único motor de crecimiento.

Proseguir en este camino no tiene sentido. Es imprescindible echar primero el freno, y luego dar marcha atrás. Es posible hacerlo, incluso sin grandes perturbaciones del sistema. Por ejemplo, implantando cuotas a las importaciones. (No sería difícil, si los amos de la UE no lo impidieran, establecer dichas cuotas. Pondré un ejemplo: Se podrían establecer medidas arancelarias a nivel europeo que limitasen las importaciones –sin prohibirlas– de zapatos de China, de modo que quedara una parte del mercado en manos de las fábricas alicantinas, que así no se verían obligadas a cerrar, y China seguiría exportando, pero algo menos).

Medidas como esa tienen un nombre, que hoy no tiene buena fama: Proteccionismo (aunque, establecido así, sería un proteccionismo muy moderado). Me pregunto el porqué de esa mala fama. ¿Es que los gobernantes no tienen la obligación de proteger a sus *ciudadanos*? ¿O es que están en el poder sólo para exprimir a sus *súbditos*?

Me temo, sin embargo, que la mediocre clase política europea carece de agallas, y tal vez de inteligencia, para salirse del guión, de modo que la catástrofe final parece inevitable.

¿Y después?

Miguel Riera